

El falo: símbolo privilegiado del psicoanálisis

CRISTINA MARQUÉS RODILLA

París VIII, Trama y Fondo

Phallus: the symbol privileged by Psychoanalysis

Abstract

Freud chose the Phallus as the symbol for Psychoanalysis. Further, Lacan confirmed the key role the Phallus plays in the psychoanalytic theory by introducing the concepts Name of the Father, Real, Symbolic, and Imaginary, which are preontological in nature; thereby, they are out of the reach of any Representation Metaphysics. Consequently, the Phallus highlights the lack of anchorage of the symbol and the subsequent proliferation of meanings. Being imaginarily supported by the Phallus, the Subject identity requires a performative act, which, according to Cannone, is damaged because of the feeling of deception overwhelming the individual who achieves their goal. Where does the legitimacy in virtue of which I hold "my post" come from? However, Paul Auster weaves stories wherein the characters overcome such a helplessness, albeit this surmounting results uniquely in a softening of the ontological drawback. Thus, both Derrida and Foucault's philosophical stances become superseded, for a sort of magic realism breaks through literary stories by Auster, which, to some extent, neutralizes the Father's function weakness by means of the characters' ups and downs enabling them to settle the past and overcome their initial paralysis.

Key words: Feeling of deception. Phallus. Father's Function. Preontological. Representation metaphysics.

Resumen

Freud eligió el falo como símbolo del psicoanálisis y Lacan lo ratificó mediante los Nombres del Padre: Real, Simbólico e Imaginario, pre-ontológicos, más acá de la metafísica de la representación. El falo, por ello, subraya la falta de anclaje del símbolo y la consecuente multiplicación de los sentidos. La identidad del sujeto, imaginariamente sostenida por el falo, requiere un acto performativo que, según Cannone, queda vulnerado por un sentimiento de impostura que invade al que logra su meta: ¿Con qué legitimidad ocupo "mi" sitio? Sin embargo, Paul Auster teje relatos donde los personajes superan esta impotencia, que si bien sólo dulcifica el déficit ontológico del sujeto, lo hace superando las propuestas filosóficas de Derrida y Foucault porque abre una puerta hacia un realismo mágico que logra neutralizar la debilidad de la función paterna con peripecias que permiten liquidar el pasado y superar la parálisis inicial.

Palabras clave: Sentimiento de impostura, Falo, Función paterna, Preontológico, Metafísica de la representación.

Freud tomó la decisión de hacer del falo el símbolo privilegiado del psicoanálisis. Lacan lo convirtió en el significante de la castración, otorgándole un carácter lógico y topológico que subvertía el simbólico falo de los misterios eleusinos. Por ello no dejó el falo de ser causa del deseo.

Más bien al contrario: sólo la castración simbólica garantiza el surgimiento del deseo.

1 MC. HOWATSON: *Diccionario de la literatura clásica*, Alianza Dictionarios, 1991, Madrid, pp.: 355-356.

Si vamos al diccionario¹ encontramos que el falo dentro del clasicismo grecolatino está asociado con el culto a Dionisos, dios de la fertilidad. En ocasiones se invocaba a un dios, Fales, personificación del falo. Durante las fiestas romanas de Liberalia, comparables a las Dionisias griegas, el falo se llevaba, de igual manera, en procesión.

Sin embargo, la dificultad para distinguir adecuadamente entre el falo y el pene, es la que pone de manifiesto que tratándose de un órgano masculino genital y urinario, sugiere algo más que otros órganos masculinos y femeninos, viéndose envuelto con un revestimiento imaginario cuyos orígenes son tan antiguos como necesaria era la fertilidad de la tierra y sus pobladores.

Lacan al introducir los tres registros parece poner orden dejando al pene en el ámbito de lo real, al significante de la castración en el registro simbólico, y al símbolo fálico, estrechamente ligado a los ritos en los que aparecía siempre en erección, al registro imaginario, al territorio de la ficción cuyo tejido es sostén del erotismo.

Pero el falo, además de símbolo ancestral, es eje del erotismo, actualísima herramienta literaria y estética como puede apreciarse, por ejemplo, en la reciente torre Agbar de Barcelona: símbolo de la erección permanente que sólo un terremoto u otra gran catástrofe podrían hacer decaer.

Sin embargo, el pene² es vulnerable y su erección frágil, dependiente del otro, del semejante que lo pone en posición de firmes o lo reduce a su mínima expresión.

Edipo y el símbolo fálico

Lacan subrayó el carácter imaginario del Edipo, lo que le diferencia claramente de la castración simbólica. Freud se había quedado en el mito edípico y Lacan se propuso pasar el Rubicón para acceder al *logos*, al registro simbólico desde el que la castración adquiere nuevos tintes. El operador de la castración ya no será el Padre de la Horda como la mitología freudiana pretendía. El estructuralismo puso en las manos de Lacan una función simbólica que operaba asépticamente. No obstante, el asunto no es tan sencillo³. Los freudianos siguen privilegiando el Edipo mientras que los lacanianos ponen en la castración el surgimiento del deseo.

2 Recomendamos la lectura de algunas entradas: phallus, symbolique, etc. Ahí se aclara la diferencia entre el sustantivo, que Freud utilizó como sinónimo de pene, y el adjetivo fálico, que Freud utilizó para su teoría de la libido única y de esencia masculina. ROUDINESCO, E. et PLON, M.: *Dictionnaire de la psychanalyse*, Fayard, 1997, Paris, p.799 y p. 1041, etc.

3 El que no entremos en las discusiones teóricas no significa que no les demos la importancia que tienen. Remitimos a F. PERENA, *El hombre sin argumento*, (2002, Síntesis), para dar cuenta de la zanja que hay entre los que, como él, son defensores del complejo de Edipo frente a los lacanianos que privilegian el complejo de castración y el fantasma.

El deseo es efecto de la renuncia a la madre, o si se quiere, de la renuncia del sujeto a ser el falo, el objeto de deseo de la madre. En este punto de la separación respecto del objeto materno parece haber consenso.

¿Pero, entonces, dónde está el conflicto? Parece un poco artificial porque todos consideran que la renuncia al incesto es la condición necesaria para que aparezca el deseo y el sujeto se arriesgue más allá de los lazos familiares. El exilio del hogar, el alejamiento del territorio de la madre, es: ¿superación del complejo de Edipo o del de castración? El pene o el falo, esa es la dicotomía.

La respuesta apuntada, algo drástica, está en función de que *se admita la influencia de la mitología sin suponer que ello implica la imposibilidad de hacer del psicoanálisis un discurso riguroso*. Si para los freudianos el artificio del lenguaje formal, en el mejor de los casos, no aporta nada, aunque complique el discurso, para los lacanianos el Edipo es un relato que mantiene la confusión entre el órgano y el significante, entre la biología y el lenguaje. Las consecuencias teóricas son graves porque la construcción del falo u objeto a minúscula no es asunto baladí.

Colocarse respecto al falo, que sigue siendo el "único" símbolo del psicoanálisis, supone, o bien poner en ejecución las fórmulas de la sexuación de Lacan, o, más sencillamente, buscar las huellas en el archivo de la memoria. El alejamiento, el desprendimiento que exige la salida del Edipo, ¿requiere o no requiere el corte topológico-interpretativo?

La interpretación es un acto analítico, pero, ¿de qué clase?

Freud interpretaba sueños, recuerdos, fantasías que parecían reaparecer desde el fondo de la represión porque el inconsciente era "el otro escenario" donde se encontraban los archivos perdidos que requerían un punto de enganche asociativo que les permitiera emerger. Estamos hablando del Freud arqueológico que buscaba los restos desplazados y desordenados de una antiquísima experiencia.

El giro topológico implica dejar de lado los restos para poner en acto el inconsciente que para Lacan es exterior, que es un frágil puente transferencial, lingüístico, tendido entre el analizante y el analista. Aquí es el fantasma el que protagoniza el relato del sujeto. Modificar la cadena significante que constituye el fantasma fundamental es la tarea del análisis.

Lacan en su vuelta a "todo Freud" considera que *Pegan a un niño* es un texto sumamente relevante porque expone la función clave del fantasma en la operación simbólica de la castración.

La clave de la distancia entre freudianos y lacanianos se toma respecto al fantasma. Allí donde Freud *dixit* que se trata de excavar y de tener suerte con los cascotes encontrados, que el juego de asociación libre e interpretación tiene su enclave en los archivos de la memoria, en el ombligo del sueño, la asepsia del formalismo requiere conducir el discurso hasta el corte topológico que separa del Otro y sujeta al sujeto con su objeto de goce.

No obstante, teoría y técnica psicoanalíticas persiguen la misma meta liberadora del sujeto que no pudo constituirse de otro modo que en una extrema dependencia del otro de su primerísima infancia. Pero, a pesar de que la cura se ofrece como horizonte y meta común, *el falo entre símbolo y significante* parece erigirse en un obstáculo serio.

Edipo y algunos sujetos, tal es el caso de Paul Auster, quieren saber, quieren desentrañar el enigma que los trajo al mundo. Hijos del malentendido quieren bucear en él para poder alejarse del traumático suceso del que proceden como sexuados.

Identidad y lenguaje

La identidad del sujeto es literaria. A las preguntas, *¿qué soy?*, *¿quién soy?*, se responde con una identidad construida con un relato.

En la conferencia que dictó Derrida en 1963 sobre el *cogito* se pone de manifiesto que Antonin Artaud se atrevió a dar el paso que Descartes había eludido. Derrida afirma que Artaud es el destructor de toda la filosofía occidental porque frente a Descartes, que se sirvió del pensar como barrera a la locura, Antonin Artaud coloca el pensamiento como acto previo a la cordura o la locura. Se piensa, se habla, y los discursos pueden ser o no ser delirantes.

Sin embargo, el objeto de crítica en esta conferencia de Derrida no es Descartes aunque escapara de la duda por la vía de la certeza de un pensamiento absolutamente garantizado en su verdad. Derrida arremete aquí contra Foucault y su visión del *cogito* como garante de la cordura. Para Foucault la locura es falta de obra; el loco lo es porque no puede construir su realidad, es un alienado, alguien expropiado de su obra. Lo que denuncia Derrida es la escasa subversión foucaultiana.

En la *Historia de la locura* Foucault sostiene que el *cogito* escapa a la locura porque yo, que pienso, no quiero estar loco. Pienso y construyo

mi realidad, pienso y construyo mi relato. Héroe de mi propio drama, como Edipo, puedo saber de lo que me ha sucedido. Edipo se arranca los ojos pero adquiere lucidez.

La filosofía desde Descartes ha servido para asegurarse contra la angustia de estar loco. Este es el Hombre, el sujeto de la Modernidad que Foucault creía haber subvertido, pero que será definitivamente destruido, junto con la metafísica de la subjetividad, por Artaud el *Mômo*.

La certidumbre del *cogito*, afirma Derrida, es que vale incluso si yo estoy loco. Esta es la apuesta de Antonin Artaud: negarse a separarse de lo que le es propio.

Aquí podemos hacer, siguiendo a Derrida, una traslación del Marx de los *Manuscritos de 1844*, que habla del proletario como el expropiado de los objetos por él producidos en régimen de explotación. La objetivación es para el proletario la pérdida del objeto o su servidumbre ante él, dado que la apropiación para el proletario sólo puede ser desistimiento. Pero Artaud no quiere renunciar a parte de sí mismo, no quiere desdoblarse entregando su objeto: se va a colocar un paso más acá, en un momento anterior al de la división entre el sujeto y su obra. La obra sería una parte de él mismo que caería de su cuerpo como cada defecación, repitiendo, así, la pérdida de su nacimiento en el campo del Otro.

Derrida utiliza la diferencia con *a*, *differance*, para señalar lo que difiere, lo que llegará pero diferido. Artaud no quiere separarse de los excrementos del espíritu, no quiere soltar sus deposiciones intelectuales, y difiere el exceso absoluto de matar a Dios, que había usurpado su sitio naciendo en su lugar. Bien es cierto que Artaud se venga, matándolo a su vez. El niño es despedazado por las bacantes dionisiacas, pero podrá vengarse: el niño, el chicuelo, el chaval podrá renacer.

Este *Momô*, chaval mortificado y asesinado, podrá renacer regenerándose autárquicamente mediante un cuerpo sin órganos por donde no puedan entrar ni los soplos ni las palabras que le invaden y destruyen. Los terribles padres como Cronos, o el Dios que sacrifica a su hijo hecho hombre, así como las hordas dionisiacas aún no alcanzados por la proporción y la armonía apolínea, son crueles, pero habrá un medio de restablecer la justicia con el cuerpo sin órganos.

A partir del exceso absoluto se inicia el establecimiento de una diferencia que busca neutralizarlo. Este movimiento activo retiene el depósito de una obra-basura, de una obra que es un desecho, pero que Artaud

⁴ Derrida se sirve de Heidegger y de su analítica existencial de 1928, en la que abordaba la neutralidad sexual del *Dasein*; la ipseidad originaria del *dasein* que todavía no está constituido como subjetividad en relación a un objeto.

se niega a dejar salir. En este momento previo a toda división, tampoco hay división sexual: el cuerpo sin órganos es asexuado, prefálico⁴. Pero, sobre todo, es un cuerpo sin orificios, un cuerpo del que nada puede entrar ni salir. El desdoblamiento está diferido.

Derrida considera que esta locura del cuerpo sin órganos es más racional que la locura de la metafísica, porque está más próxima a la fuente viva del sentido, está más próxima al sinsentido radical de un lenguaje sin origen. Lo que hace Artaud es meterse en medio del conflicto y tomar parte; Derrida formula una pregunta: ¿es posible separar la locura de la cordura? La respuesta es la que toma de Antonin Artaud: la unidad de la obra y la locura. Los discursos destructores como los de Artaud deben habitar los discursos que destruyen. El de Artaud es un discurso que destruye la locura racionalista, abrigando un deseo de presencia plena, de no-diferencia, con aquello que destruye: el delirio de la metafísica occidental. Hacer obra de la locura es producir la destrucción de la subjetividad que definía al hombre moderno. Así es que Foucault pretendió borrar al hombre de la faz del mundo, pero parece que fue Artaud quien lo consiguió.

Foucault puso de manifiesto con sus investigaciones sobre la obra literaria de escritores como Roussel, que el sentido y el significado carecen de anclaje, pero se quedó corto dado que en ese caso, ¿por qué excluir del discurso el delirio psicótico?

El lenguaje sin origen o de la debilidad de la función paterna

El fin de la metafísica y la subversión del sujeto proclaman que el lenguaje no tiene origen y el relato es sin garantía. De la certeza del psicótico a la inacabable duda del obsesivo, sin olvidar la reivindicación victimista de la histeria, el discurso se nos muestra sin anclaje, sin Otro que le de consistencia y que pueda concedernos una identidad acabada. En estas circunstancias no parece extraño que ciertos sujetos exijan ocupar en el mundo un lugar que no les correspondería si el lenguaje originario no se hubiese perdido. Si el intento de construcción de la torre de Babel no hubiera terminado con la pérdida del único y verdadero lenguaje, podríamos, como el personaje literario de Paul Auster⁵, colocarnos en la posición del que separa las aguas y decide con legítimo derecho sobre el discurso.

⁵ AUSTER, P., 1985: *La ciudad de cristal*, Barcelona, Anagrama, décima edición, 2006.

Raymond Roussel le había servido a Foucault para argumentar la imposibilidad del paralelismo entre las palabras y las cosas. La forma en que Roussel construye sus cuentos muestra que las palabras recurren a

otras palabras, que el murmullo del lenguaje remite siempre a sí mismo y que ya no hay fuente-Verbo del que brote prístina la significación pura, siempre presente y nunca vulnerada.

Sin embargo, no todo el mundo se resigna; algunos sujetos, en este caso Stillman, el personaje de Auster, que eso sí, es un prestigioso profesor enloquecido, luchan por salir del *impasse*. Para buscar el lenguaje que ilumine el mundo, Stillman decide hacer un cruel experimento con su hijo. Para que no pueda ser contaminado por el contacto con un inglés-americano pervertido, encierra al niño en una habitación cerrada, sin contacto alguno para que así pueda recordar el lenguaje originario, ese que iluminaba con un significado único y primigenio las cosas de un mundo aún sin fragmentar.

Más adelante, fracasado su experimento, no cesa en su empeño, pero parece entender la imposibilidad de retroceder; el mundo ya no está entero, su fragmentación hace que hayamos perdido la finalidad y que no tengamos un lenguaje adecuado para expresarlo. Tendrá que inventar un lenguaje nuevo que realmente diga lo que tenemos que decir. Que exprese la correspondencia entre las palabras y las cosas.

Si Roussel nos muestra un lenguaje encerrado en sí mismo, un sol que no ilumina las cosas porque su secreto consiste en ver el juego de sus propios pliegues, *La ciudad de cristal* y *La habitación cerrada*, (1985)⁶, nos conducen hacia un secreto, hacia un misterioso personaje que busca una salida, bien que ésta suponga inicialmente un retroceso. El personaje de Auster, en realidad heterónimos de un sujeto que lucha con un fantasma recurrente, tiene serias dificultades para liquidar el pasado, pero finalmente mira hacia adelante, convive con un enigma que no descifrá completamente: los límites entre él y sus alteregos, los límites del lenguaje a la hora de expresar la realidad, pero también los límites de la creación literaria. A punto de fracasar en su búsqueda, le da la vuelta a la situación y gira hacia la salida sabiendo que la extrema lucidez no es índice de comprensión y que todo está inacabado, listo para empezar de nuevo.

Hay un existencialismo vibrante en las tramas de Auster, sus personajes sufren confusión, angustia y miedo, pero encuentran la llave que abre la puerta hacia un horizonte que rompe con el pasado. La impotencia y la parálisis se superan porque los acontecimientos un tanto mágicos generan nuevas posibilidades.

Los personajes de Auster buscan su lugar en el mundo y en ocasiones se paralizan por la vergüenza o el miedo, pero quieren realizar sus

⁶ AUSTER, P.: *La habitación cerrada*. Barcelona, Anagrama, décima edición 2006.

potencialidades y encuentran la forma de caminar hacia su lugar. Viven en una sociedad que les propone ser individuos que no se parezcan más que a sí mismos, lo que les suscita una tensión, inicialmente irresoluble, entre lo que quieren ser, "ellos mismos", y lo que imaginan o saben sobre la casilla que pretenden ocupar, modelo abstracto, ideal, y forzosamente distinto de ellos mismos. Nada tiene de raro que se pregunten por la legitimidad de su posición: ¿soy yo el que debería ser para ocupar este lugar?

Esta cuestión no vale sólo para los personajes y sus anhelos, es igualmente válida para el escritor que se plantea, desde su orfandad, la legitimidad de sus anhelos en tanto que escritor.

Del sentimiento de impostura

La vigente sociedad del espectáculo reduce al sujeto a una planicie, a una hoja sin volumen. ¿Cómo no sentirse ocupando un lugar del que pueden venir a sacarle en cualquier momento para ponerle en su sitio? He ahí el problema, hay que tener un sitio para poder ser reenviado cuando uno ha querido sacar los pies del plato. Pero la sociedad actual ya no puede prohibir ni ordenar, no hay normas permanentes. El sujeto no se guía por una norma exterior a la que conforma su conducta. Los valores son ambivalentes y las valoraciones ya no son estables. Desde la modernidad el sujeto es exhortado, incluso podría decirse que es constreñido, a ser original, a no ser más que sí mismo, cuanto más original, mejor. El sujeto tiene que inventarse a sí mismo y esto puede resultar muy fatigoso. No hay modelos consistentes, el sujeto exiliado de la casa paterna, del Paraíso donde nunca estuvo, tiene que moverse para buscar su sitio. Pero, ¿cómo legitimar su posición aunque la haya conseguido por sus méritos?

Sólo el psicótico está seguro de que las voces que oye le dicen la verdad y que sus alucinaciones son percepciones reales. El resto de los mortales podríamos repetir con Heráclito, que el que busca la verdad debe prepararse para lo inesperado, pues es difícil de encontrar, y le sorprenderá cuando la encuentre.

Productos de sucesivas identificaciones, los sujetos que no pretenden hacer obra de la locura sino amar y trabajar sin sobrepasar el sufrimiento corriente, se sienten impotentes ante una tarea que les excede y donde el simbólico falo de la prosperidad ha quedado cubierto por negros nubarrones. Pero, ¿sólo impotencia superable o imposibilidad ontológica?

El psicoanálisis no plantea la noción del falo en términos ontológicos, pero lo hace su símbolo, lo coloca en el lugar de algo ausente. Si atendemos a Lacan, esta ausencia es radical. El falo es el significante de la castración y el psicoanálisis nos invita a recorrer el camino que va de la impotencia imaginaria a la imposibilidad simbólica.

Lo imposible tiene su reverso en lo posible, aceptar el inevitable exilio de la casa del ser/lenguaje abre la puerta hacia algún lugar. De esta posibilidad que el sujeto tiene que concretar es de lo que se habla en *Le sentiment d'imposture*⁷. En él su autora afirma que los sujetos normales, deseados sin patologías extraordinarias, son sujetos que buscan, que se mueven y logran sus propósitos. Lo que ocurre es que cuando lo consiguen se preguntan si ese es su sitio, si están a la altura o, por el contrario, si tanto esfuerzo ha merecido la pena. ¿La casilla lograda vale tanto como se suponía?, y si es tan valiosa, ¿está él o ella a la altura, o será descubierta y ridiculizada por su osadía?

Belinda Cannone es una escritora que ha argumentado sobre el sentimiento de impostura. No habla de impostores, no habla de sujetos que saben que están colocados en el lugar de otro al que usurpan la identidad, apropiándose de su vida y de sus milagros. Cannone describe sujetos que han ocupado un lugar con esfuerzo, que han trabajado para conseguir su puesto de trabajo y su lugar en la sociedad, pero que, sin embargo, un buen día se sienten impostores. *Lo más llamativo es que este sentimiento no es propio de los perdedores: lo sufren los que han logrado el éxito.*

Cannone afirma que este sentimiento de impostura es normal en una sociedad para la que casi todo vale, y que, por encima de todos los valores, propicia la creatividad. La falta de referentes rígidos, o al menos estables, es, junto al deseo de los sujetos de hacer una vida que no sea pura repetición, lo que favorece el sentimiento de impostura. El no-lugar tiene que ser constituido como casilla. Cuando la función simbólica del Padre, que lo tenía, se ejercía, el sujeto reconocía el lugar en el que le correspondía ubicarse. La revolución francesa modificó el escalafón: los méritos sustituyeron al linaje y eso condujo a un progresivo dinamismo que hace que el sujeto y su lugar en el mundo sean ambivalentes. La debilidad de la función paterna es directamente proporcional a esta ambivalencia.

Reflexionando sobre este sentimiento de no-lugar, de ausencia de un sitio en el que poder ubicarse como sujeto, he recordado que los personajes de Paul Auster muestran de diversas maneras la falta de padre.

Voy a tratar de articular lo invisible del padre de Paul Auster con el

⁷ CANNONE, Belinda, París, Calmann-Lévy, 2005. Habrá pronto traducción en español, en Biblioteca Nueva. Cannone argumenta sobre las figuras contemporáneas: el deprimido cuyos altos ideales hacen que la inhibición termine por paralizarle, y el triunfador, aunque también el que consigue pequeños logros, sujeto a un cierto *sentimiento de impostura*, que procede de la fragilidad de la identidad: yo es siempre otro.

sentimiento de impostura subrayado por Belinda Cannone para resituar el símbolo fálico en el límite entre lo imposible de la función paterna y la posibilidad para el sujeto de encontrar su "propio" lugar en el mundo, a partir de su irrenunciable filiación.

La función del falo se cumple en Auster como narración. El relato que da cuenta, en *La invención de la soledad* (1982), de lo invisible de su padre para él, es también el relato de cómo fue posible para Auster hacerse visible, afianzarse como escritor y dejar de fallarse a sí mismo. La figura de su padre ausente cobra vigencia porque no puede dejar de escribir sobre él.

Es una necesidad: "Pensé, mi padre ha muerto. Si no actúo con rapidez, su vida entera se desvanecerá con él"⁸.

Al morir repentinamente su padre, hacía poco que Auster se había divorciado y su hijo había estado a punto de morir de neumonía. Se plantea el irresoluble problema de la paternidad, de él mismo como hijo de Sam Auster y como padre de Daniel Auster. Con su padre había tenido una relación muy poco afectuosa, motivada por la inescrutabilidad de Sam Auster y que no había pasado nunca por las palabras. A pesar de las fotos, las cartas, etc., sólo consigue alcanzar que es imposible "entrar en la soledad de otro"⁹. Para su hijo Daniel escribe un libro de la memoria, herencia de palabras para que esté marcado por la filiación y el afecto. El final del retrato del hombre invisible y el libro de la memoria se enlazan con la esperanza de futuro, Daniel durmiendo en su cuna.

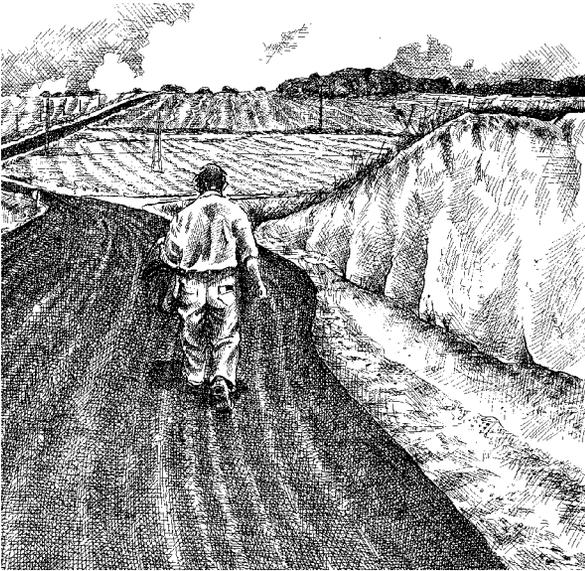
Paul Auster conjuró la ausencia del falo, su falta de significación, con una construcción literaria donde la ficción y la realidad conjugan el tratamiento del azar, de la identidad, del anonimato y de la memoria porque, para él, escribir no fue sólo un acto de libre albedrío sino un modo de sobrevivir al propio drama subjetivo de la relación con su padre.

El sentimiento de impostura, sobre el que escribe Cannone podría ser otro nombre de los conceptos siempre presentes en Auster: de la soledad, el aislamiento, la ausencia del padre, el anonimato, la frágil identidad y el desamor. Cómo eludirlo es tarea personal y no sirven las recetas. Porque salir de la impotencia exige "personalizar" ese símbolo freudiano, el falo, que Lacan define como significante de la castración, como el significante que señala la imposibilidad de alcanzar el Ser, lo Real. Pero, lo que conviene subrayar es que, ese imposible lógico que nos cierra el paso al Ser es la condición de posibilidad del deseo, lo que mueve a la acción y nos conduce a no parecernos más que a nosotros mismos.

⁸ AUSTER, P.: *La invención de la soledad*. Anagrama, Barcelona, decimoquinta edición, 2006, p. 12.

⁹ AUSTER, P.: *La invención de la soledad*, op. cit., p. 32.

Aceptar la necesidad del imposible lógico como límite existencial no cierra, sino que abre las posibilidades, contingencias manejables por un sujeto que puede transformar su impotencia, su sentimiento de impostura, en un argumento que teja la novela de su propia biografía. El sentido, posible y contingente, es fruto del argumento buscado, construido, en algunas ocasiones, con la elaboración inconsciente del trabajo psicoanalítico. El falo así construido no se escribirá con mayúsculas, no será un absoluto sino un significante particular, intransferible, que dará brillo y argumento al relato vital del sujeto.



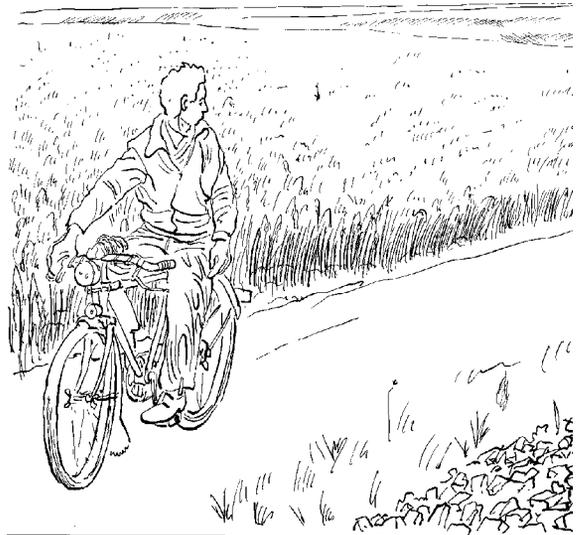
Andando



Dinero



Lluvia



En bicicleta

Pedro Guerra